

NUESTROS ESCRITORES

DON LUIS ORREGO LUCO

(A propósito de la próxima aparición de su novela «En Familia»)



Don Luis Orrego Luco en su sala de trabajo (Fotog. por Rada)

EN mi recuerdo veo siempre a Don Luis Orrego Luco unido a los días más esplendorosos de primavera, a esas mañanas en que el sol triunfa volatilizando los perfumes de las plantas hasta hacer la atmósfera pesada y enervadora.

Y es que siempre que sonríe el buen tiempo, don Luis Orrego no deja nunca de hacer su visita matinal al Cerro Santa Lucía. Allí solía encontrarlo. Bajo una glorieta enredada de jazmines, o junto a un muro de piedra por la cual suben las rosas diminutas o la yedra austera y exuberante nuestro novelista va a descansar de las fatigas de su labor. A su lado, en el fragil sientio de madera, un libro abierto muestra sus letras negras convidando a la lectura, mientras un poco más allá un plato ofrece sus naranjas doradas de azucarado perfume.

El escritor, inclinada la cabeza, parece meditar. ¿Piensa en las últimas páginas leídas, o construye un nuevo capítulo de su novela? Sería difícil averiguarlo. Como única respuesta a la muda interrogación, toma distraidamente una naranja, la morda con reposo, y saborea uno a uno sus lóbulos jugoso. A su alrededor, la luz tamizada a través de los eucaliptus y las encinas lo inunda todo en verdosa claridad. Apenas turban la paz del solitario paseo algunos niños que juegan vigilados por sus ayas o algún carruaje de lujo que acoete pasar al trote de sus troncos arrogantes, con tintineos de cadenas y el sordo rumor de sus llantas engomadas; de sus mullidos asientos asoma la silueta de una mujer aristocrática y saluda al pasar con el gesto especialísimo que constituye como un privilegio de francmasonería entre las gentes del gran mundo. El rostro de don Luis Orrego se anima súbitamente, sonríe y contesta. Luego vuelve a su actitud de reposo i meditación...

36

Fui a visitarlo. Deseaba sorprender al novelista en su retiro de trabajo, en su vida de hogar, rodeado del ambiente que debe de estimular sus nervios y excitar

su imaginación al trabajo creador: necesitaba interrogar a los muebles, a las paredes, a los patios, a los cuadros, a los salones, a todas las cosas mudas que rodean la intimidad de este escritor que sabe arrancar a su cerebro tan intensas vibraciones de color y de vida.

Habita una casa antigua, en calle solitaria y soleada. El Santa Lucía, —monumento que eleva la fantasía de su propio suegro, el inolvidable don Benjamín— sirve como de baluarte a la clarugente de la ciudad que bulle un poco más allá, impidiendo turbar el reposo que requiere toda labor artística.

La macisa puerta ostenta un pesado aldabón de piedra, testimonio de vetustez innecesario junto al botón que a su lado habla de los modernos progresos de la electricidad, pero que el escritor, enamorado de todo lo antiguo, ha querido sin duda conservar como un detalle artístico.

Al abrirse la mampara aparece el ancho zaguán, y el jardín, al fondo, rodeado de corredores con pilares, ni más ni menos que las mansiones del tiempo colonial. Sensación de reposo, de tranquilidad. Solamente el sol habla en el silencio de la tarde invernal que recuerda, por su tibieza, una cálida siesta de estío. Se creyera oír en el aire el zumbar perezoso de un panal de abejas... Pero no; es el



Su casa es un verdadero museo de arte. Una colección de muebles y objetos antiguos. (Fot. por Rada)



En un ángulo de su espléndido estudio. (Fot. por Rada)

golpeteo lejano de una máquina de escribir. El maestro labora con febrilidad, en el silencio de su mansión señorial, sentado ante su Underwood, último modelo norte americano....



Exquisito en su amabilidad, don Luis Orrego Luco es el tipo del caballero culto, sencillo y hospitalario, de que hablan las crónicas al recordar a don Isidoro Errázuriz ó a don Vicente Grez. Recibe como un gran señor y pone en su sonrisa la simpática y sencilla expresión de bienvenida que acorta las distancias y hace olvidar las asperezas de una primera visita.

Mis primeras palabras son de admiración para las preciosidades de museo que adornan las paredes de su sala de trabajo. Viejos escudos de hierro incrustados de plata, dagas moriscas, espadones de la vieja Alemania, ricas casullas bordadas de oro, agneceros de forma voluptuosa y llena de misterio, lámparas de aceite talladas en plata, cajuelas de la colonia esculpidas como encajes á punta de cuchillo, viejos sillones de cuero, peinetas de carey afiligranado, y, esparcidos por aquí y allá, ricos cuadros de autores nacionales y extranjeros, todo ello en un arreglo tan ar-

mónico que por sí solo constituye una obra de arte y predispone el espíritu en forma agradable.

—Pero si es un verdadero museo!—le digo paseando la mirada á mi alrededor.

—Oh, nó—me dice el señor Orrego con ademán de modestia—Apenas unas cuantas cosillas recogidas á costa de mucho trabajo.

Y como viera que insistía en mi afán de curiosario todo, se decide á mostrar su tesoro de coleccionista.

—Vea Ud. esa espada vieja que cuelga ahí. Tiene su historia... La encontré en poder de un viejo soldado de la campaña del Pacífico. La adquirí por unas cuantas monedas, toda oxidada, solamente por su forma que me indicaba que debió pertenecer á un soldado de la conquista. La hice poner en parafina ocho días y á fuerza de limpiarla, descubrí esa inscripción... acérquese y verá...

Me acerqué y lei, en las toscas letras de estilo antiguo.

—«Francisco Pizarro»...

—¿Así es que esta espada perteneció?—pregunté con asombro.

—No cabe duda: al propio conquistador del Perú... Imposible que el soldado á quien se la compré haya pensado en una mistificación. ¡Se habría hecho pagar mejor! Por lo demás, su acero ha sido forjado en la mejor fábrica tulcedana, y podría cortar de un golpe un árbol sin que nada le pasara...

Y como el señor Orrego notase el interés con que escuchábamos su relato y admirábamos las piezas de su colección, nos lleva á otras habitaciones, señalándonos nuevas curiosidades artísticas: aquí un retrato de la escuela quiteña de don Juan Francisco León de la Barra, capitán general del virreynato del Perú, su ilustre tatarabuelo, más allá una tela auténtica de Zurbarán, acá un cofre precioso que tuvo el honor de encerrar la bandera del Huáscar regalada á Grau por las damas limeñas; y en el comedor, unos macizos y elegantes aparadores tallados que pertenecieron al general San Martín, platos de Sajonia con monogramas de rusas reales, un gran escaparate cuyos tallados constituyen una filigrana de incomparable her-



medusa... ¿Sería posible hacer una enumeración completa?

—Pero si es una mina! un filón inagotable—, obee va ya al pasar.

Y el señor Orrego respondía:

—Oh, poca cosa, poca cosa...

Y nos señalaba una nueva obra de gran valor.



Don Luis Orrego Luco nos guía a través de su casa dándonos detalles sobre cada una de las joyas artísticas que en ella hay diseminadas, con su inquietante exuberancia de hombre plétórico de vida, cuya palabra no le basta para expresar la exagerada y rápida procepción de las ideas.

A don Luis Orrego es difícil interrogar sobre un tema determinado. No escucha, aunque parezca poner una atención y un interés muy grandes. Su vista pasa por encima del interlocutor para fijarse en un fantasma lejano que sólo él puede ver.

Y cuando la ocasión se presenta, interroga a su vez, y a la primera pregunta sucede otra y otra, sin dar tiempo a la respuesta.

Foma; se agita. Su rostro se congestiona. Los temas de actualidad política o social lo apasionan con una intensidad que muchas veces se nos hace difícil explicar, acostumbrados como estamos a los caracteres tibios, a los espíritus indiferentes o apáticos.

Habla sobre política. Oídlo: «La desorganización en nuestro país es completa. La moralidad ha desaparecido en absoluto. Faltan hombres. ¿La nación marcha a pasos agigantados a una bancarrota segura. ¿Qué remedio para impedir la completa gangrena social?»

No tenemos aristocracia. Impera una oligarquía de arribistas adinerados. La salvación la traerá un caudillo que dirija las turbas inconscientes, sin explotarlas, que les enseñase sus verdaderos derechos y arrasara con toda la inmundicia existente. Pero ese hombre no debe salir del pueblo. Debiera venir de arriba, para que, conociendo las malas artes de los oligarcas, supiera defenderse y vencerlos en buena lid».

Deja escapar una bocanada de humo azul que sube en espirales en el claro ambiente de la sala de trabajo bañada de sol. Víctor Hugo sonríe desde la altura de su pedestal de semi-dios y don Rafael Alta-

mira espacia su mirada serena por la pieza poblada de armoniosas formas de arte y confort. La vida es bella a nuestro alrededor, invita a vivirla. Del interior de la casa llegan risas de niños, sofocadas por las paredes.

Don Luis Orrego se sienta cómodamente en su mullido asiento de cuero y repite de nuevo, abstraído, con sus venas hinchadas por la concentración del pensamiento:

—La podredumbre amenaza invadirlo todo, todo... La vida en Chile se hace intolerable...

Don Luis Orrego Luco es en la actualidad nuestro primer novelista. Su estilo, cálido y vibrante, se presta para expresar la pasión en todos sus matices, en sus

rugidos de fiera en celo y en sus tiernos arrullos balbucientes. Observador y psicólogo, sabe dar a sus novelas un interés que no decae un instante, guiando la acción con una maestría admirable. Es novelista de raza; posee la visión de la novela como un hombre de negocios pudiera tener el golpe de vista comercial, ese que pocas veces engaña y conduce las especulaciones a un término previsto, con seguridad matemática.

«Casa Grande», si- gue siendo la mejor novela chilena que se ha escrito en los últimos tiempos, é «Idilio Nuevo», libro acaloradísimo, lleno de fuego, de sentimiento y de observación de nuestro ambiente social, hace digno pendant con la primera.

Lo interrogamos sobre su última obra, «En Familia», que viene publicando como Folletín en «El Diario Ilustrado» y que aparecerá en pocos días más en forma de volumen.

—Es un libro escrito con gran cariño— responde. Pretendo

compartir su tiempo entre su obra valiosa, apasionada, y los tranquilos goces del hogar... He lo ahí entre sus dos hijos menores. (Ver, por Radio).

pintar, al través de la vida de una familia, toda esa interesante época que precedió a la revolución del noventa y uno. Deberé terminar con la primera jornada de esa campaña trascendental de nuestra vida de nación independiente. Solo que el tema que pensé desarrollar en un solo volumen me ha resultado un poco grande y me sobró material para otros dos libros que formarán con el primero una obra dividida en tres ciclos.

—¿Una novela en varios tomos, entonces?

—No, tres novelas separadas que se completan por el espíritu que las inspira.

Inclina la cabeza sobre el pecho y se pierde en sus meditaciones. Sobre su mesa escritorio sonríen dos ramos de orquídeas en sendos floreros de cristal.



alargados como aristocráticas manos femeninas. Son como dos centinelas frágiles y esbeltos que vigilan con su frescura sonriente las febriles elucubraciones del escritor!

36

Al abandonar la casa del autor de «Casa Grande», llevaba en el espíritu la agradable sensación de haber vivido una hora de simpática vibración espiritual; el recuerdo de una hospitalidad franca y cariñosa en un

ambiente en que florecen la generosidad, el santo amor a la familia, el culto por el pasado austero y noble, y la admiración por todas las inquietudes de los modernos progresos.

El maestro me despedió tal como me había recibido: con su amable cortesía de gran señor, con su eterna sonrisa de hombre bondadoso que conoce de las amarguras y traiciones de esta vida y de las fragilidades humanas.

FERNANDO SANTIVÁN.

EL REGRESO

Te encontré en el salón. Una historia lejana
Me contaron amantes tus pupilas de añil,
Y me mostró cruelmente la luz de la mañana
Todo lo mismo: El piano, el álbum y el atril.

Oh! mi novia perdida, virgencita profana,
Tu ya no eres mi rubia colegiala gentil
Qué sorprendí leyendo detrás de una ventana
Bajo la luz enferma de una tarde de abril.

Charlamos y reímos. Me hallaste muy cambiado.
Hojeamos el álbum todo garabateado
En donde había versos escritos por los dos.

Y quedó en nuestros labios nuestra charla des-
[hecha
Cuando al pie de un soneto encontramos la fecha
De aquella tarde opaca cuando te dije adiós...

DANIEL DE LA VEGA.

La última campaña presidencial de Roosevelt



Las sufragistas en New York. — (De l'Illustration).

DE FRENTE AL VIVIR

Atras, quedó el hogar: su tierna anciana,
presagiando el fracaso de su exodo;
atras, quedó el amor: la blanca hermana
de su espíritu... Atras, se quedó todo...

Marchaba hacia al vivir. Solo en empeño
iba con él a la conquista osada;
lejos, al frente, divisaba un sueño
hecho verdad... Y ¿qué es un sueño? Nada...

Toda la casa lo abrazó llorando;
el dijo apenas: en el alma os llevo.—
Se ensombreció la casa como cuando
murió el abuelo, y se alejó el mancebo.

Se alejó reteniendo en la pupila
la visión familiar plena de encanto:
la buena madre, la niñez tranquila,
los seres que vió siempre y que amó tanto...

Era una tarde gris, y era una angustia
como la tarde la que en sí llevaba.
Hasta ella llegó, la boca mustia
para los besos, la conciencia esclava.

Y hablaron de su amor, del mundo inmenso,
del Arte, de las grandes utopías
y también del dolor que es el incienso
de toda procesión de fantasías...

Al fin, cantó un reloj. El dijo: escucha,
es hora.—¿Hora de qué?—y horrorizada
se respondió a sí misma: hora de lucha
hora de sacrificio en la jornada.—

Lo abrazó. El quiso hablar, pero era tanto
el pavor de aquella despedida
que entre un crispar de nervios rompió en llanto
y se fué mudo... Mudo hacia la Vida.

Atras quedó el hogar: su tierna anciana
sollozando el fracaso de su exodo;
atras quedó el amor: la blanca hermana
de su espíritu... Atras se quedó todo...

ALFREDO GUILLERMO BRAVO.

